



TAMAR YELLIN



EL

DESVÁN

de la CASA de los

SHEPHER



«Adéntrese en *El desván de la casa de los Shepher* y disfrute de una fascinante visita a un mundo de corte académico, a la vez que de una placentera lectura.» Noah Gordon

Después de muchos años de ausencia, Shulamit, una profesora de estudios bíblicos en Inglaterra, regresa al hogar de sus antepasados: Jerusalén. Allí redescubrirá su historia y la de los suyos. De la mano de antiguas cartas, diarios y documentos se topará consigo misma, al descubrir de dónde y de quiénes proviene. De la esperanza de su bisabuelo, que viajó hasta Babilonia persiguiendo las sombras de la mítica historia de las *Diez Tribus Perdidas*. Del desdén de su abuelo, que huyó de la guerra. Del desengaño y de la resignación de sus padres y sus historias de amor no correspondido. De una familia tan diferente y extraordinaria como todas las demás, absorbida por el paso de los años y el silencio de la irrelevancia: la condena al anonimato del tiempo que se va. Al poco de llegar, Shulamit descubre que los Shepherd, los suyos, viven entre disputas, pendientes de un extraño y misterioso código que, al parecer, en realidad nadie conoce muy bien, pero que concentra la atención de estudiosos, de expertos, de religiosos, y de familiares cercanos y distantes, aunque la mayoría desconoce los motivos de tanto interés y expectativa. *El desván de la casa de los Shepherd* es una novela extraordinaria, reflexiva, de mirada sosegada y ácida. La autora recorre en sus páginas la vida de una familia de las que hay muchas, de las que casi nada queda, en la que podemos reconocer nuestros propios pasos y los de los que nos precedieron por el camino.

A la memoria de mis padres:
Arie Leib Yellin, 1913-1977
Edna Yellin, 1920-1981

Prólogo

El desván de la casa de los Shepher o *The genizah of the house of Shepher*, de Tamar Yellin, es una novela premiada e interesantísima cuya línea argumental nos presenta la vida en la Jerusalén moderna y que nos habla de tesoros de libros antiguos que versan sobre teología y cultura hebreas.

Guenizá es una palabra hebrea derivada de la palabra persa *ginzakh* (almacén), que tiene raíces en las palabras que significan «escondrijo» y «guarida». Esconder los libros santos durante los aciagos tiempos de conversión forzada o de guerra forma parte integrante de la historia judía. En 1947, en una cueva de Ayn Al-Fashkha del desierto de Judea, se descubrieron rollos y libros bíblicos: los Rollos del Mar Muerto. Más tarde, tras escudriñar concienzudamente unas cuarenta cuevas más de la zona, en once de ellas se encontraron rollos, libros y diversos fragmentos. Es probable que todos aquellos escondrijos fueran utilizados en diferentes periodos. En la primera cueva se conservaban los rollos en grandes jarras de arcilla, cuya finalidad era protegerlos. En otras, tanto los rollos como otros materiales se encontraban amontonados desordenadamente, cual si hubieran sido abandonados aprisa y corriendo.

A veces, las *guenizás* estaban alojadas en el interior de muros de piedra o en los cimientos de los edificios santos. Aun cuando la conservación de los documentos constituía

de por sí una razón importante para tener almacenados rollos y libros sagrados, muchas de las *genizot* se utilizaban simplemente para guardar los textos sacros que habían dejado de tener utilidad. Dado que nadie que fuera religioso podía desembarazarse de aquellos textos debido a que en ellos figuraba el nombre de Dios, se almacenaban en una *guenizá*, ubicada por lo general en el sótano o en el desván de una sinagoga. Cuando la acumulación de esa clase de libros y otros materiales era excesiva, una congregación se encargaba de trasladarlos a un cementerio y de enterrarlos; acompañaban el acto de una conmemoración festiva con música, danzas y juegos.

En la antigua ciudad egipcia de El Cairo, los judíos construyeron en el año 882 la sinagoga Ezra, tras comprar y restaurar la ruinosa iglesia copta de San Miguel. Diez siglos más tarde, en 1882, un poeta y comerciante de libros alemán llamado Simon von Geldern viajó a El Cairo y quedó maravillado al enterarse de que la rica *guenizá* de la sinagoga no se había vaciado nunca. A pesar de que intentó explorarla, se le negó la correspondiente autorización con el supersticioso pretexto de que todo aquel que tocara las páginas allí guardadas atraería la calamidad sobre sí. Más de un siglo después, Joseph Saphir, erudito oriundo de Jerusalén, quiso visitar también la *guenizá* de la sinagoga Ezra, pero también le fue negada la entrada. En 1896, dos hermanas escocesas de visita en El Cairo compraron varias hojas robadas de la *guenizá* y se las llevaron a Inglaterra, donde fueron a parar a manos del rabino Solomon Schechter, profesor de estudios talmúdicos en la Universidad de Cambridge. El estudioso judío pudo comprobar que aquellas hojas correspondían a una parte del *Libro de la Sabiduría*, original hebreo. Dicha obra, atribuida a Ben Sira, escrita en hebreo y fechada alrededor del 180 a.C., ha contribuido tanto a la liturgia judía como a la propia doctrina bíblica cristiana. Hasta entonces se conocía únicamente a través de su traducción griega y eran

muchos los eruditos que creían que la versión hebrea original había desaparecido para siempre o, incluso, que nunca había existido.

Solomon Schechter viajó a El Cairo y consiguió convencer a los ancianos de la sinagoga Ezra de que le permitieran el acceso al tesoro que guardaban en el desván, una acumulación de documentos que cubría más de mil años. El rabino Schechter tuvo que trepar por una escalera de mano e introducirse a través de un pequeño boquete de una pared de la galería de las mujeres para acceder a un atiborrado desván oscuro, polvoriento y privado de puertas y ventanas, lugar perfecto para la conservación de documentos. Schechter estuvo varios meses trabajando en El Cairo y al final de la estancia pudo llevarse a Cambridge alrededor de cien mil preciosas páginas. Más tarde, hubo otros investigadores que consiguieron rescatar unas cien mil páginas más, todas las cuales se conservan hoy en día en distinguidas bibliotecas de todo el mundo.

El material encontrado en la *guenizá* de la sinagoga Ezra revolucionó los estudios de toda una época y ha sido equiparado a los Rollos del Mar Muerto porque, como ellos, ha iluminado con una nueva luz el mundo medieval del Oriente Medio.

Hasta aquí hablamos de la realidad; no de la trama del libro de Tamar Yellin, sino de los cimientos históricos en los que se asienta su novela.

Lo que más me impresiona es que sus personajes –y, de hecho, todos nosotros– tengan también desvanes íntimos en los que encerrarse y en los que mantienen sus inseguridades y sus infortunios, sus amarguras y sus esperanzas malogradas. Descargarnos de esas *genizot* personales corresponde, por supuesto, tanto a la psicoterapia como, en el caso de los católicos, al confesionario.

La protagonista que nos presenta la autora, la doctora Shulamit Shepher, está magistralmente descrita: descendiente de rabinos, especialista en estudios bíblicos y atea declarada, es en realidad una mujer para quien Inglaterra es el único hogar posible, pese a que se siente vinculada por lazos viscerales a Israel.

Como yo también soy novelista y detesto a todo aquel que divulga fragmentos importantes de mis obras antes de que los demás puedan leerlas, reprimo la tentación de dar más detalles.

Por fortuna, podéis descubrirlos de inmediato.

Recorred, pues, las páginas de *El desván de la casa de los Shepher* y disfrutaréis de la fascinante visita a un mundo que rebosa conocimientos bíblicos y que constituye al mismo tiempo una placentera lectura.

Noah Gordon

קלרחרמר

Extrapolad.
Los Rabinos

No hurtarás.
Deuteronomio 5:19

PARTE PRIMERA

Shalom Shepher y las Diez Tribus Perdidas

1

Una semana después de su *Bar-mitzvá*, en la primavera de 1853, se casó mi bisabuelo, Shalom Shepher de Skidel. Se trasladó a vivir con su suegro, el rabino de Bielsk.

En aquel entonces estudiaba a más y mejor, y comía en la misma medida. Dedicaba dieciocho horas al día a los libros sagrados, una hora a caminar y cuatro a dormir. Le quedaba una hora entera para comer, un espacio de tiempo que le permitía consumir mucha comida.

La habitación matrimonial estaba amueblada con un arcón, una silla y una cama. Shalom Shepher instruyó a su esposa en los ritos del matrimonio. Por la noche, ella se escapaba y se iba a dormir con sus hermanas.

Shalom Shepher dijo al rabino de Bielsk:

–Si me habéis casado con una niña que desatiende a su marido y prefiere dormir con sus hermanas, me divorciaré y me casaré con una mujer.

A partir de entonces, el rabino prohibió a su hija que siguiera durmiendo con sus hermanas.

Shalom Shepher comía mucho y estudiaba mucho. Leía los comentarios y los comentarios de los comentarios. Leía el Talmud, tanto la Mesná como la Guemará, y sobre todo leía la Torá, hasta el punto de que si uno hubiera cometido el sacrilegio de hincar una aguja en las hojas del libro santo traspasándolas, nuestro héroe habría sabido decir to-

das y cada una de las palabras que había atravesado la aguja.

Tenía grabadas en su espíritu dos máximas de los sabios. Una era:

No tienes el deber de terminar el trabajo;
tampoco eres libre de abstenerte de él.

Aquel epigrama paradójico, con su eterna incitación al remordimiento y a la ineptitud, le encantaba.

La otra era:

No digas: «Cuando tenga tiempo, estudiaré».
A lo mejor no tienes tiempo.

En Bielsk perfeccionó las aptitudes que había comenzado a cultivar en Skidel. Aprendió a hilar muy fino y a rizar el rizo en materia de lógica. Aprendió a practicar la zancadilla y a andarse por las ramas, a eliminar la blandura de las argumentaciones. Desarrolló el arte del análisis en profundidad, ese tira y afloja académico tan del gusto de los rabinos, y fomentó la capacidad de ponerse prestamente en el otro bando a fin de prevenir que el debate llegara a alguna conclusión.

Tenía la costumbre de enroscarse uno de los tirabuzones en torno al dedo mientras hablaba, lo que recordaba a los demás su extrema juventud y tenía la virtud de irritar sobremanera a sus oponentes. Era conocido por su erudición y su apostura. Aunque esto último la leyenda lo ha exagerado un poco. Era corto de piernas y desparramado de pecho, y, como muchos miembros de mi familia, sufrió una tendencia a la flatulencia y a la hipertensión en la fase final de su vida. Pero tenía una abundante cabellera de un color rubio rojizo que, al decir de las gentes, era indicio de parentesco con el rey David, y también de generosidad.

Al rabino de Bielsk le puso las cosas difíciles. A los dieciséis años, Shepher era un notable estudioso. Poseía, por otra parte, un agudo sentido del humor, cualidad esencial para entender los escritos de los sabios. El rabino decía algo *kosher*, es decir, conforme a la ley judía, y Shepher le llevaba la contraria; el rabino, aturullado ante su brillante pupilo, cedía, con lo que Shepher podía construir otro precedente y elevarlo de nuevo a la categoría *kosher*. Se habría podido afirmar que daba sopas con honda al rabino de Bielsk.

No había cumplido los dieciocho años cuando ya se había establecido como corrector de rollos manuscritos. A partir de entonces, fruto de su gran diligencia, hubo un aumento del número de pergaminos consignados a la *guenizá* de la sinagoga local, debido a que los errores que contenían no permitían usarlos y a que, como en ellos figuraba el nombre de Dios, no podían ser destruidos. ¿Dónde iban a dejarlos, pues, como no los enterraran o los pulverizaran o, como había ocurrido a veces, los convirtieran en pasto de las llamas?

Le encantaba particularmente instalarse en el desván de la sinagoga de Bielsk. Allí, con una escalera de mano de cinco peldaños entre él y el mundo, estudiaba textos y documentos que el uso excesivo había dejado inútiles. Aunque no tenía más que dieciocho años, en la sinagoga se dirigían a él llamándole Reb Shalom. Mi bisabuelo aceptaba aquel título de respeto. Por algo era el corrector de manuscritos más importante de Lituania.

2

A los dieciocho años, Reb Shalom cayó enfermo. Pese a que su mujer le servía a diario un pollo entero, cada día estaba más flaco. Al final, por vez primera en su vida, perdió el apetito.

Pasado un tiempo, viendo que no conseguía ninguna mejoría, decidió visitar a un gran médico de Vilna, la Jerusalén de Lituania.

El gran médico lo examinó y observó que escupía sangre. Y le dijo:

–No puedo hacer nada por usted, pero si va a Italia, tal vez mejore.

Reb Shalom reflexionó unos instantes. Finalmente, dijo:

–¿Y si voy a la tierra de Israel?

El médico no sabía de qué le hablaba.

–¿Se refiere a Palestina? –dijo.

Reb Shalom no sabía de qué le hablaba el médico.

–¿En qué ciudad está pensando? –preguntó el médico.

Reb Shalom replicó:

–En Jerusalén.

–¡Ah, sí! –exclamó el gran médico–. Jerusalén le irá igual de bien que Italia.

Shalom Shepher volvió a Bielsk y comunicó a su mujer que se iba a vivir a Jerusalén. La mujer rompió inmediatamente en llanto.

–¿Cómo voy a abandonar a mi padre y a mi madre?
–dijo entre sollozos.

–Si es lo único que se te ocurre, podemos divorciarnos
–contestó él–. Como no tenemos hijos, la ruptura será fácil.

Fue a ver a su suegro y le dijo:

–Me voy a vivir a Jerusalén y mi mujer no quiere acompañarme. Como ella lo quiere así, le concedo el divorcio. No tenemos hijos y, por tanto, no será difícil para ella. Le mandaré algo de dinero todos los meses hasta que encuentre otro marido.

Y se divorciaron.

Después hizo un hatillo con el *taled*, las filacterias y el salterio, y emprendió el camino a pie hacia el mar Negro.

Tardó dos años en llegar al mar Negro. Durante el viaje se sintió enfermo, pero dondequiera que estuviese siempre encontraba judíos que lo asistían hasta la convalecencia. No recuperó nunca el apetito y por su aspecto parecía un moribundo, pero él sabía muy bien que de su cuerpo no se había posesionado la muerte, sino un gran anhelo espiritual.

Si los judíos que encontraba descubrían quién era, le llevaban rollos para que los corrigiese. Se demoró en muchas comunidades examinando pergaminos sacros. Debido a esto tardó mucho tiempo en llegar a su destino.

Cuando mi bisabuelo llegó al mar Negro, subió a un barco griego que se dirigía a la costa de Palestina, pero tuvieron que pasar seis meses más antes de que el barco avistara el puerto de Jaffa.

3

En noviembre de 1938, mi padre subió a un barco, de nombre *Matusalén*, en el puerto de Jaffa y se embarcó con rumbo a Southampton. Se había apoderado de él un gran anhelo espiritual que lo empujaba a abandonar Palestina e ir a Inglaterra.

Como su antepasado, era bajo y fornido y tenía su misma tendencia a los ardores de estómago y a unos dolorosos gases que lo atormentaron a lo largo de toda la vida. Me he llegado a preguntar si no habrá alguna relación entre los grandes anhelos espirituales que sentían y las dificultades que tenían para digerir. Hay mucha gente que no ha sentido nunca anhelos espirituales y ha gozado siempre de excelentes digestiones. En cuanto a mí, experimento mis anhelos como un bulto molesto y duro situado en algún punto detrás del esternón: comer equivale para mí a sufrir. En este aspecto, soy la heredera espiritual de mi bisabuelo.

«Mi corazón está en Oriente y estoy en el lejano Occidente –cantaba el poeta Judah Halevy–. ¿Cómo voy a saborear lo que como? ¿Cómo voy a tener apetito?».

Mi bisabuelo embarcó rumbo a Oriente, y mi padre rumbo a Occidente; yo, en Inglaterra, padezco indigestión crónica.

Subir a un barco no es, en realidad, curación efectiva para ese tipo de enfermedad. No lo es subir a un barco ni